

Walter Benjamín:

Conversación con André Gide

Primera de dos partes

Sé que André Gide tiene una casa de campo en Cuverville y un piso en París, y habría sido inolvidable conversar con él entre sus libros, en su lugar de trabajo, donde planea y desarrolla sus grandes obras. Pero no fue así. Este incansable viajero que lleva consigo su patrimonio, *omnia sua secum porta*, me recibió en la espaciosa habitación de su hotel en la berlinesa Postdammer Platz, en la clara luz de la mañana. Es cierto que el *interview*, propio de diplomáticos, financieros y estrellas de cine, no es el género más adecuado para un escritor, que suponemos distinto de los demás mortales. Pero considerado con atención, resulta lo contrario. Preguntas y respuestas iluminan como destellos el pensamiento de Gide. Lo comparo con una fortaleza, que no puede abarcarse con un golpe de vista por sus retiradas murallas y altivos bastiones, pero cuya construcción es tan rigurosa y perfecta que se puede entender por la dialéctica de sus propósitos. Sé también que es peligroso tomar notas en la cercanía del fuerte y conviene distanciarse, dejando lápiz y papel de lado. Las siguientes palabras son auténticas y deben mucho a la suave y sutil voz que las pronunció.

No dirigía Gide ninguna de las preguntas rutinarias de las entrevistas. Sentado en un peldaño del balcón, con la espalda apoyada en el respaldo del sillón, un foulard castaño al cuello y las manos abandonadas sobre la alfombra o juntas sobre las rodilla, Gide era a la vez el interrogado y el interrogador. Su mirada se dirigía a mí a través de sus nítidas gafas o escapando de ellas cuando algún tema excitaba especialmente su interés. Es fascinante considerar su rostro, un cambiante juego de malicia y bondad, del que estaría tentado de decir que ambas comparten los mismos rasgos, como hermanas que se dividieran sus gestos. Y no cuentan entre los peores momentos aquellos en que

una anécdota maliciosa los ilumina con pura alegría.

No existe hoy otro escritor europeo cuya gloria le haya llegado, finalmente, pasados los cuarenta y de manera tan inhóspita. Ninguno de los franceses de la Academia, al menos. Habría que poner a Gide junto a D'Annunzio como ejemplos opuestos de lo que es trabajar contra y a favor de la gloria. "¿Cómo se sitúa usted entre los suyos?" pregunto y entonces Gide me cuenta que nada hizo para buscar su lugar, sino que lo encontró de golpe, un buen día. Desde entonces debe defenderlo.

Hasta 1914 estaba persuadido de que sólo sería leído después de muerto. No se trataba de la resignación, sino de la confianza en la consistencia y la fuerza de su obra. "Cuando empecé a escribir mis modelos eran Keats, Baudelaire y Rimbaud, porque yo, como ellos, sólo quería deber mi nombre a mi obra". Cuando un escritor asume esta postura no es raro que encuentre al enemigo justo, su asno de Buridán. Para Gide, fue el novelista Henri Béraud. Para él nada hay de más tonto, aburrido y corruptor que los libros de André Gide. Mucha gente se pregunta: "¿Cómo será este André Gide que el público digno de debe leer?" Años más tarde, Béraud dijo en uno de sus artículos que Gide era un desagradecido con su valedor, por lo cual recibió aquél la mejor caja de bombones Pihan con una tarjeta que decía: *Non, non, je ne suis pas un ingrat*.

Lo que a menudo pensaban los adversarios del joven Gide es que fuera de su país era desdeñado. Nada más falso. Antes de que los fabricantes de novelas de París aceptaran sus libros, Gide fue conocido entre nosotros y gozó de la amistad de sus traductores: Rilke primero y hasta su muerte y, en la actualidad, Kassner y Blei. Con ellos vamos al tema de la traducción. Gide mismo es un buen traductor, antes de Conrad y luego de Shakespeare. Conozco su magistral versión de *Antonio y Cleopatra*. Hace poco, Pitoëff, director del Teatro de Arte, le encargó, que tradujera Hamlet. "El primer acto me costó varias semanas. Cuando estuvo listo

escribí a Pitoëff y le dije que no podía más y que interrumpía el trabajo". "Pero ¿publicará usted ese acto?". "Tal vez, no lo sé. De momento está traspapelado entre mis cosas, en Cuverville o en París. Viajo demasiado y nunca tengo tiempo de poner orden". No sin intención el diálogo se encamina hacia Proust. Conoce el proyecto de la traducción alemana y los oscuros episodios del asunto. Su amistosa esperanza es que tenga una solución favorable. Y como sé que Gide estuvo más cerca de Proust que nadie y ese aspecto peculiar de su relación me interesa, le pregunto por ella. No hace excepción a la regla. Recuerda cómo el joven Gide se deslumbró en los salones ante la conversación de Proust. "Yo lo tenía por el peor de los esnobs, cuando frecuentábamos la alta sociedad. Creo que él tenía la misma opinión de mí. Ninguno podía sospechar la íntima amistad que nos uniría más tarde". Y cuando cierto día llegó el voluminoso original proustiano a la oficina de la Nouvelle Revue Française, todos se desconcertaron. Nada inclinaba a Gide a hundirse en el manuscrito. Pero cuando lo comenzó, la fascinación fue aplastante. Proust es uno de los mayores constructores de caminos hacia esa final conquista del espíritu que es la psicología.

Esta palabra abre la puerta a una de las imperceptibles galerías por las que huye la mirada y corre el peligro de perderse, mientras Gide habla. La psicología como causa de la decadencia del teatro. El drama psicológico como su muerte. La psicología es el reino de los diferentes, los aislados, los desconcentrados. Por el contrario, el teatro actual es el dominio de la obviedad, la sociabilidad, la plenitud, el amor, la enemistad, la fidelidad, los celos, el coraje y el odio: el teatro es una constelación de cosas previsibles y consabidas, lo contrario de lo que es la psicología, que descubre odio en el amor y cobardía en el valor. *Le théâtre c'est un terrain banal*.

(Continuará)

